—Venga Vd., amigo mio; no quiero que baile mi hermana.

Mr. de Croix-Mesnil miró al jóven con sorpresa, y exclamó, en medio del silencio que produjo aquel incidente:

—Pero ¿por qué?...

—Porque la pareja que está enfrente es la del hijo de Carvajan.

—¡Ah! Es cierto—replicó con calma el dragon;—en efecto, es fastidioso esto.

Y así diciendo, dirigió á Pascual una mirada altanera, é inclinándose delante de la jóven, como dándole excusas por haberla expuesto á un contacto denigrante, exclamó:

—Usted dispense, señorita.

Y la acompañó á su sitio.

Nadie pronunció una sola palabra. Ninguno osó intervenir en aquel asunto. Entre las fuerzas físicas de Roberto y el poderío de Carvajan, era peligroso exponerse. El alcalde, siempre en pié, miraba estupefacto aquel espectáculo, sin atreverse á dar crédito á sus ojos. Semejante afrenta en público, aquella ruda manera de contestar á su provocacion, le dejó atónito. Cuando imaginaba tener bajo el pié á la familia Clairefont, se le rebelaba enérgica.

Tembló de rabia; sus ojos brillaron como los del tigre en la oscuridad. Se volvió á los que le rodeaban, como esperando encontrar una frase de censura, y solo encontró semblantes contritos y azorados. Entonces miró á su hijo y le vió palido, descompuesto. Pero su furia se estrellaba contra una barrera insuperable para vengarse, era menester arrollar al hermano de la mujer amada.

La señorita Leglorieux se encargó de resolver el

conflicto. Revolvió los ojos en las órbitas, se puso pálida, luego muy encarnada, lanzó un grito, cayó entre los brazos de su madre, que inquieta venia hácia ella, y un ataque de nervios la excusó de manifestar su opinion por otro medio más expedito.

Al mismo tiempo la orquesta empezó á tocar, y las parejas, muy satisfechas al verse libres de la penosa impresion que produjo el desagradable incidente, comenzaron el rigodon. Antonieta, conducida junto á su tia, no tuvo tiempo de darse cuenta de lo ocurrido. Sus amigos la rodearon, lanzando exclamaciones y haciendo comentarios.

Los hombres, graves y silenciosos, hablaban con Roberto y Croix-Mesnil. En la tribuna oficial no era menor la agitacion que reinaba. El alcalde corrió en busca de su hijo, sin escuchar las lamentaciones de Mme. Legrorieux. El jóven estaba en el mismo sitio, inmóvil, un poco más atrás de los bailarines. Los acordes de los instrumentos le atronaban.

En su espiritu, lleno de confusion, sólo una idea brillaba: le habian insultado por ella, y delante de ella. Crispaba los puños con fuerza y su resolucion de tomar venganza era firmísima; pero, ¿de quién vengarse? ¿De Roberto? El fué quien le insultó y le provocó en público. Pero, no obstante, no era contra él contra quien se sentía animado. Era contra Croix-Mesnil, que á sangre fria se adhirió á la conducta del hermano de Antonieta. Sentia ansia por arremeter á aquel hombre dueño del cariño de la que él adoraba, abofetearle y jugarse con él la vida. ¿No llevaba del brazo á la jóven cuando fué insultado? ¿En su sonrisa no habia una insolencia cien veces mayor que la de la actitud de Roberto? Y, por fin, ¿no era el prometido de Antonieta? Este motivo más que ninguno le ponia

fuera de sí, y hacia palidecer su frente. Más le torturaban los celos que la cólera.

A los ojos de Antonieta queria aparecer más digno que á los de nadie. La idea de que pudiera despreciarle, le infundia valor para arrostrar cien muertes.

Sintió que le cogian por el brazo, y trataban de arrastrarle fuera del salon; se volvió, y vió junto á él á su padre.

—Ven conmigo,—oyó que le decian.

Él resistió, y repuso con voz temblorosa:

—No; déjeme Vd.; no ha concluido todo, y no debo salir de aquí sin terminarlo.

—¿Qué pretendes hacer?

—¿Cree Vd. que soy yo hombre capaz de soportar semejante injuria sin exigir reparacion?

—¡Estás loco!

—¿Me aconseja Vd. que huya? ¿Qué pase á los ojos de todos por un cobarde?

—¿Pero es que piensas batirte con esa gente? ¡Vaya una tontería! Deja á mi cargo tu venganza: será más pronta y más segura.

—Lo más pronto y más seguro es lo que va Vd. á ver,—exclamó Pascual con acento terrible.

Concluyó el rigodon. Pascual atravesó por entre la multitud, se acercó al grupo, en cuyo centro estaban Roberto y Croix Mesnil, y tocando á éste en el hombro con aire provocador, le dijo:

—Caballero, tengo que decirle dos palabras. ¿Quiere Vd. salir conmigo ahí fuera, y se las diré?

El baron se inclinó, y ya se disponia á seguir al hijo de Carvajan, cuando Roberto, interponiéndose entre ellos, les cerró el paso, diciendo:

—Poco á poco; me parece que hay aquí un error. No es con Vd., amigo mio, sino conmigo, con quien

este caballero debe entenderse, Vd., no hizo más que asentir á mis opiniones: yo fuí quien dijo...

—Yo no oí sus palabras de Vd., ni quiero hacer mérito de ellas,—interrumpió Pascual con violencia.—El señor me ofendió, y sólo con él tengo que ver.

—Verá Vd. cómo se arregla todo,—exclamó Roberto, resuelto á cometer una violencia.

Pero su hermana, pálida y temblorosa, se interpuso entre los adversarios, diciendo:

—Roberto, retírate; yo te lo ruego...

—Pero...—dijo éste, intentando resistir.

Dos lágrimas brillaron en los ojos de la jóven y apenas tocaron las mejillas, se evaporaron al calor de éstas: extendió el brazo, y con un gesto de soberana autoridad, repitió:

—Retírate, Roberto: te lo mando.

El jóven, dominado por la mirada de su hermana, volvió la espalda á Pascual, mientras Antonieta le decia:

—Tiene Vd. razon, caballero. Por causa mia fué usted ofendido: á mí me toca reparar el daño, y no me excuso de hacerlo. Yo le ruego que me perdone...

El hijo de Carvajan la vió inclinarse humilde. Intentó hablar, y no pudo; sus lábios se movieron sin articular palabra; tambaleándose, más anonadado por la humildad de Antonieta que por el insulto de su hermano, se dirigió hácia la puerta, pero su padre le salió al encuentro, y le detuvo, exclamando:

—¿A dónde vas? Acuérdate de lo que decias hace un momento. ¿Quieres que se figuren que huyes?

—¿Y qué me importa?—replicó el jóven prosiguiendo su camino, como si quisiera ocultar entre las sombras de la noche su amarga desesperacion.

—¿No quieres vengarte?—continuó Carvajan, que siguió á su hijo hasta la calle.—Di una palabra, y el que te ha ofendido estará á merced tuya.

—¡Nunca!

—¿Qué pretendes, pues?

—Huir; alejarme para siempre de este país, donde sólo amarguras y disgustos encuentro; no volver nunca á este pueblo, y olvidar las miserias, las infamias, las perfidias de sus habitantes. Borrar de mi memoria hasta el nombre que Vd. me dió, y que me pesa sobre el alma como una losa de plomo.

—¡Pascual!...

—Padre: Vd. sembró el ódio; no es mucho, si recolectamos insultos y amenazas... Yo no podria vivir así, y prefiero partir...

—Dirán que tienes miedo...

—Bueno... me es igual...

—¿Serás capaz de abandonarme?

—No me necesita Vd. Los hechos lo probaron perfectamente.

—Pues bien; entonces yo seré quien no te abandone —le dijo Carvajan tomándole el brazo.—Puesto que lo deseas, nos retiraremos, y mañana, cuando estés más tranquilo que ahora, hablaremos de este asunto.

Y así, enlazados padre é hijo, se encaminaron á Neuville.

En el salon de baile, el efecto que produjo la conducta de Antonieta aún no se habia calmado. La tia Isabel, en un principio quedó atónita; pero luego recobró ánimos, y pudo decir:

—¿Pero qué significa esto? ¿Te has vuelto loca? ¡Pues no has dado satisfacciones á un quidam, que merecia una buena leccion por su impertinencia!

—No tia, no; la culpa es nuestra. Si no hubiéramos

venido adonde sabiamos que nada bueno podia sucedernos, se hubiese evitado este disgusto... Además, no habia razon para provocar á ese jóven por una genialidad.

—¿Pero tú no viste al viejo zorro riéndose de la gracia?... Porque fué intencion suya el arreglar las cosas de modo que te encontraras enfrente de su hijo.

Antonieta se encogió de hombros, y con triste acento respondió:

—Créeme, tia; lo mejor que podemos hacer es no ocuparnos de esa gente. Luchar contra ellos es una insensatez; son más fuertes que nosotros. Cedámosles el campo, y será lo más prudente.

Así diciendo se levantó; Croix-Mesnil, se apresuró á ofrecerle el brazo, y ella se apoyó en él con tal dejadez, que á primera vista se conocia el aniquilamiento que la dominaba. Roberto y su tia la siguieron; al llegar al coche que les esperaba, subieron todos menos el jóven Clairefont, que declaró francamente que aún no quería volver á casa.

—¿Que vas á hacer?—le preguntó Antonieta, llena de inquietud.

—Divertirme como todos los años... mal que le pese á ese necio de Carvajan.

—Prométeme que no vas á armar cuestion nuevamente... Anda, ven con nosotros... Me quedaré intranquila... ¡No sé por qué, me parece que te va á suceder una desgracia!...

Roberto hizo un gesto de impaciencia, y exclamó con áspero tono:

—¿Sabes, niña, que te ocupas demasiado de lo que no te importa?.., Vete á casa, acuéstate, y duerme tranquila, que es lo que más conviene á una mucha-

cha de tu edad... Y en cuanto á lo que me corresponde hacer no necesito consejos para practicarlo... Buenas noches.

—Roberto, sé prudente, — añadió la señorita de Saint-Meurice.

—No tengas miedo, tia, que no me comerán; tengo los huesos duros...—repuso el atlético jóven riéndose.

Y cerrando la portezuela, dijo al cochero:

—¡Arrea!...

Tarareando entre dientes una sonata de caza, volvió Roberto al baile; atravesó el salon, y entró en él café.

La noche estaba templada; los murciélagos revoloteaban en torno de los faroles del jardincillo, y los bebedores gritaban y reian á los lejanos acordes de los instrumentos, rodeando las mesas.

El viejo Chassevent, á horcajadas en un tonel, entonaba una cancion de color muy subido. Era la cuarta aquella noche, y en los intervalos de una á otra, recorria los grupos de consumidores, bebiendo copas de aguardiente ó vasos de cerveza. No parecia estar borracho, pero su animacion se acrecentaba por instantes. Sus gestos eran cada vez más picarescos, y la letra de sus cantares más soez.

En un rincon, el gendarme, á cuyo cargo estaba el órden, porque los campesinos cuando se embriagaban reñian con mucha frecuencia, sentado sobre un taburete, escuchaba al corsario, riendo como un loco.

Roberto se detuvo un momento, y prestó atencion al estribillo aquel, aprendido en alguna cárcel por el vagabundo.

El auditorio le hacia coro, golpeando con los vasos sobre las mesas con estrépito horroroso. De pronto, el silencio reinaba de nuevo; la voz del cantador salvaje resonaba nuevamente, aguardentosa, vibrante, pronunciando aquellas groserias, que resultaban más innobles en medio de la esplendidez de aquella hermosa noche.

Todas las mujeres de conducta equívoca que habia en Neuville y sus contornos, estaban allí mezcladas con los hombres, provocándolos con impudor.

Pourtois, despues de que desempeñó en la sala su oficio de acomodador, volvió á la taberna, y dando rienda suelta á su alegría, les gritó:

—Animo, señores, ánimo... que esto no sucede más que una vez al año. Esta es la noche en la cual cierro yo los ojos para que todo el mundo abra la boca...

Y el primo Anastasio, el hojalatero de Neuville, tomando al pié de la letra las palabras del cafetero, acababa de encontrar, detrás de unos árboles del bosquecillo, á la silenciosa y morena señora Pourtois, y de darle un par de besos sin que ella opusiera la menor resistencia.

Roberto se dirigió de nuevo al salon; pero al llegar á la puerta oyó que le llamaban desde uno de los túneles del emparrado en donde los farolillos de papel habian ardido, y, por consiguiente, no difundian su claridad. A la luz de la llama de un *bol* de ponche, Edennemare, Saint-André y otros varios de los habituales compañeros de caza del jóven, rodeaban una mesa.

—Ya se fueron las señoras, y hace un calor abrasador ahí dentro,—le dijo uno de ellos.

—Aún tengo algo que hacer, y...

—Si busca Vd. al alcalde y á su hijo, es inútil, porque se acaban de marchar.

—No importa; quiero que me vean, para que toda

esa canalla que rodea á Carvajan se convenza de que no me asusto yo por tan poco.

—¡Eh! Déjese Vd. de tonterías: ¿quién ha de creer semejante cosa?

Roberto entró en el salon. El aspecto del baile era ya distinto. La ausencia de la *sociedad,* como solian llamar á la formada por los aristócratas y secos burgueses, arrastró en pos de sí el comedimiento.

Las parejas habian abandonado su afectacion; los brazos ceñian los talles con fuerza, y hasta la orquesta, contagiada de la comun locura, aceleraba el compás, y tocaba con mayor energía, como si los pulmones de los músicos y las piernas de los bailarines lucharan en competencia.

El jóven Clairefont buscó en vano á Carvajan y á su hijo. Como le dijeron sus amigos, uno y otro habian partido, de igual modo que el sub-prefecto, quien, juzgando haber hecho bastante en pro de su popularidad, abandonó el salon de baile en compañía del comisario general y del capitan de gendarmes. Roberto dió unos cuantos paseos por entre los grupos de alegres jóvenes procurándose el placer de afrontar las miradas de todos. El ascendiente que la familia del marqués tenia en el país no obstante, la decadencia de su nombre, obligaba á los presentes á saludar al jóven Clairefont, y no estando ya el temido alcalde, habia muchos adversarios que lo hacian con benevolencia.

Despues de todo, ¿quién era capaz de saber lo que sucedería? Muchas veces se habia creido totalmente arruinado al marqués, y, sin embargo, aún estaba en pié. Convenía, pues, proceder de tal suerte, que en el caso de que el aristócrata se escapara de entre las garras de Carvajan, quedase una puerta abierta por donde pasar á su campo.

Además, Fleury y Tondeur, los más acérrimos partidarios del alcalde, daban ejemplo con su diplomacia, y rodeaban á Roberto de una falsa atmósfera de galantería y adhesion. En esto estaban, cuando los amigos del jóven se le reunieron, con el propósito de bailar un rato con las muchachas del pueblo.

Una danza propia del país daba fin. y entre los más frenéticos bailarines, Russot se distinguia por su ardor y sus violentos vaivenes. Habia conseguido que Rosa bailara con él, como se lo habia prometido, y la estrechaba por el talle con su brazo nervudo, haciéndola girar con incomparable violencia. Con las mejillas pálidas, los ojos brillantes, los dientes apretados, ébrio por un placer del todo nuevo para él, bailaba sin ton ni son, y su aspecto era más desagrable que de ordinario.

Rosa, mareada por la rapidez de los movimientos de su pareja, aturdida por el estrépito de la música, se dejaba llevar con la cabeza medio caida sobre el hombro de Russot. Tondeur, encaramado en un taburete, con el rostro animado por los vapores del alcohol, gritaba con todas sus fuerzas, golpeando en el sombrero con el mango de su garrote, que nunca abandonaba.

—¡Animo, muchacho!... ¡Duro, duro! ¡Ande el baile!

Y el cansancio agitaba los pechos; los piés de los bailarines se arrastraban pesadamente sobre el tablado; la rapidez de la danza disminuía poco á poco.

Por fin los instrumentos callaron, los músicos suspiraron con satisfaccion, las parejas se detuvieron, y fueron á ocupar los asientos como náufragos que llegan á la tierra firme. Sólo el pastor prosiguió dando vueltas, semejante á un torbellino.

—¡Estará rabioso ese majadero!—exclamó Tondeur

bajándose del pedestal.—No quiere detenerse. ¡Capaz es de estar así hasta mañana!

Pero en aquel momento Roberto cogió á Rosa por la cintura al pasar, y arrebatándola de entre los brazos de Russot, la llevó medio desvanecida hasta dejarla sobre una silla. El pastor se habia detenido, y venia de nuevo en busca de su pareja, gruñendo frases inarticuladas.

—No está contento,—decia Tondeur, riendo hasta ahogarse casi.—Verán Vds. cómo quiere emprenderla de nuevo.

Roberto frunció las cejas, y encarándose con Russot, exclamó con enérgico acento:

—Basta de baile. Deja en paz á Rosa. Largo de aquí. Anda, anda á guardar tus carneros.

El idiota no parecia muy resuelto á obedecer, porque permanecia en pié delante de la jóven. Clairefont, al ver que no le obedecia, como quien sacude una avispa de entre los pétalos de una flor, dándole un capirotazo, de un revés, envió á Russot al jardin dando trompicones.

—¡Ah!—suspiró Rosa, abriendo los ojos.—Creí que me ahogaba.

—Ahí tienes los inconvenientes de bailar con un animal—dijo el jóven con acento cariñoso.—Ven á tomar un poco de ponche, y se te quitará eso.

—Muchas gracias, señorito; no me gustan las bebidas fuertes. Me han costado muchos cachetes de mi padre cuando se emborrachaba, y las tengo horror. El fresco me pondrá buena...

—¡Ah! Vamos: ¿te quieres ir al jardin en busca de tu adorado?...

—No; me fastidia. Además, ya es hora de retirarme.

—¿No tienes más gana de broma?

—Es muy tarde, y hace mucho calor.

La orquesta comenzaba otro rigodon, y la gente invadia la sala de nuevo. Roberto dejó á sus amigos, salió con Rosa, y la condujo á uno de los oscuros túneles del jardincillo.

En medio del barullo, nadie se fijaba en ellos. Los borrachos no tenian ojos ni oidos más que para sus vasos y para las canciones de Chassevent, que en una sola noche le pagaba á Pourtois el consumo de cafés de todo un año, reteniendo con sus desvergüenzas á los circunstantes.

Los jóvenes estuvieron unos momentos escuchando los gritos que seguian á la terminacion de cada estrofa. Roberto fué acercándose poco á poco á Rosa, y acabó por apoyársela contra el cuerpo, estrechándola por el talle.

Rosa, de ordinario viva y alegre como una alondra, estaba pensativa, y no opuso resistencia. Se estremeció, y rodeándose á la cabeza la toquilla que le sirvió para abrigarse al ir al baile, exclamó:

—Hay aquí mucha humedad, y me quedo fría.

—¡Claro! ¡tienes el cuello desnudo!

El jóven sacó del bolsillo un bonito pañuelo azul con su cifra bordada, y, dándoselo, añadió:

—Toma, abrígate la garganta.

Ella hizo un movimiento de alegría al sentir el suave contacto de la seda.

—Muchas gracias, señorito; pero, si Vd. lo permite, me marcho; me hace mal el ruido y este olor á vino.

—Vámonos,—dijo Roberto.

Y levantándose, la hizo pasar delante para salir del jardin. Detrás de ellos, silencioso, deslizándose como una culebra, partió tambien Russot.

A unos cien pasos de la taberna estaba el sendero

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que conducia al Gran Margal. Roberto y Rosa se detuvieron un instante. La casa de Pourtois, el jardincillo y el salon de baile se divisiban por entre las hojas de los árboles; pero el ruido de risas y voces, debilitado por la distancia se percibia apenas. En la semi-oscuridad de la noche, dos formas difusas aparecieron sobre el camino de la Saucelle. A medida que se aproximaban, se veian más claramente, y reconocieron en ellas á unos campesinos de Coubrechamps, que, debiendo madrugar para entregarse á los trabajos de recoleccion, abandonaban á su pesar la fiesta. Uno de ellos, con voz que trascendía á aguardiente, exclamó:

—No hay miedo de que te roben, Rosita; llevas buena compañía.

—El señorito es tan amable, que me acompaña hasta el atajo de Clairefont—replicó la jóven—¿tiene eso algo de particular?

—No, todo lo contrario; con tal de que no te pares... Porque á los dos lados del camino hay una hierba tan fresca...

Roberto se echó á reir, y Rosa, corrida de vergüenza, se apartó de él, exclamando:

—¡Ve Vd.! ¡Se burlan de mí porque me acompaña! Mejor será que me deje Vd. ir sola.

El jóven la detuvo por el brazo, y con acento cariñoso le dijo casi al oido:

—No hagas caso, tonta; tenemos que hablar de tu padre y de la casita que deseas.

Y torciendo á la derecha, tomaron por el sendero que conduce á la meseta, á través de las pendientes de la colina. Roussot les seguia con silenciosos pasos, sin que el rodar de una piedra ó el roce contra un arbusto revelara su presencia. Los dos jóvenes andaban lentamente, muy juntos... respirando con delicia el

aroma de las flores del trébol. La luna aún no habia salido, y las complacientes estrellas, apenas iluminaban el espacio lo necesario para ver la senda. De cuando en cuando el sonido de un beso interrumpia el murmullo de la conversacion, y en la enramada, como eco de esta amorosa armonia, un gemido sordo como el de una fiera herida, se percibia debilísimamente.

El campanario de Clairefont hizo oir el tardo y grave sonido de la campana del reloj. El cielo comenzaba á adquirir pálidas tintas, el alba se acercaba, debian ser muy cerca de las tres de la madrugada cuando los jóvenes desembocaron en el Gran Margal hácia el lado del soto de Combrechamps.

—Déjeme Vd. marchar, señorito—dijo Rosa con dulzura.—Es ya muy tarde, y hora de entrar en casa.

—¿Dónde te volveré á ver?

—Ya sabrá Vd. encontrarme—replicó la jóven con maliciosa alegría.—Es decir, si le da á Vd. el capricho de buscarme, que no es muy seguro, porque es usted muy variable.

—¡No dices lo que piensas, Rosa!

Subian sin apresurarse, disfrutando de la profunda calma que les rodeaba.

Ya no alcanzaban á oir más que como un lejano murmullo el ruido de la fiesta; embriagados por el poético ambiente que les envolvia, se estrechaban con cariño, y aquella voz débil que antes se percibió, la de su espia misterioso, seguia resonando celosa é irritada.

El sendero no era muy largo, y, por lo comun, no podia invertirse en recorrerlo un cuarto de hora, mas para Roberto y Rosa resultaba, sin duda, sinuoso, áspero y difícil, porque mucho tiempo despues de comenzada su ascension, apenas llegaron á mediarlo.

—¡Vaya!... contestó la jóven.

Roberto la cogió por el talle, y levantándola como si fuera una pluma la besó en medio de la boca.

—Deje Vd. un poquito para mañana...

El jóven la depositó de nuevo en tierra, y como si abandonarla le costara gran trabajo, exclamó:

—¿Por qué no quieres que te acompañe hasta tu misma casa?

—Porque si le ven á Vd. conmigo, nos criticará la gente.

Y al ver que Roberto se disponia á insistir, añadió:

—Nada, nada; váyase Vd. por su camino, que yo me voy por el mio. Buenas noches... Es decir, buenos dias...

Roberto y Rosa se separaron, dirigiéndose la una hácia Coubrechamps y el otro hácia Clairefont. En la primera revuelta del camino, el jóven se paró y miró hácia atrás; pero no pudo descubrir á la muchacha, porque aún era bastante oscura la noche. Entonces apretó el paso, y en poco tiempo ganó la puertecilla del parque.

Rosa, por su parte, siguió la alameda que conducia á su casa, pensativa y sonriendo al recordar las promesas que le hizo Roberto, mezclándolas con sus caricias: le pareció sentir pasos detrás de ella; y aun cuando no era miedosa, su corazon latió con fuerza, y ligero sudor humedeció su frente. Se apresuró para alcanzar cuanto antes el lugar poblado: un chasquido como el de una rama seca pisada por un pié humano llegó á sus oidos.

Estaba en medio de un talud, enfrente de las canteras abandonadas que coronaban los pozos de extraccion Con la turbacion que la dominaba, aquellos lugares tan conocidos le parecian fantásticos y llenos

de espectros medrosos. Los árboles resultaban más sombríos, y hasta creyó que inclinaban las ramas sobre su cabeza. Quiso correr, pero un ser espantoso se le echó encima, la cogió entre los brazos, y lanzando una carcajada infernal, la arrebató por entre la maleza. Aún tuvo fuerza para gritar: «¡Roberto, Roberto!» con voz desgarradora; pero una mano le tapó brutalmente la boca, y ella, en el colmo del terror, se desmayó.

Al mismo tiempo dos hombres seguian el mismo camino por donde Roberto y Rosa pasearon largo espacio hablando de sus amores. El uno tropezaba con alguna frecuencia, y el otro ponia gran cuidado en evitar que se cayera.

—¡Por vida de!... Yo no sé por qué son hoy más altas las piedras de este camino.

—No, hombre. No es que son más altas; es que tú levantas los piés menos que otros dias.

—Pues no será por lo mucho que bailé.

—No, por el baile, no; pero sí por lo mucho que bebiste,—dijo con su voz de tiple el formidable Pourtois.

—¡Y me lo reprochas, ingrato! ¿Crees tú que si no fuera por lo que entretuve á tus parroquianos, tendria yo esta turca, y hubieras tú ganado tanto?

—Conformes, hombre, conformes. Por eso, para probarte mi buena voluntad, te acompaño hasta el camino llano, para estar seguro que no te has caido en algun pozo del Gran Margal.

—Pues si por precaucion sólo, y no por cariño, me acompañas, ya puedes volverte á casa... Con mayor motivo habiendo dejado solos á tu mujer y á tu primo Anastasio... y no te empeñes, porque no te necesito. Cuanto más borracho estoy, veo más claro.

A pesar de la torpeza de sus piernas, Chassevent, que era uno de aquellos dos hombres, andaba de prisa, dejando atrás al tabernero, que le seguia á duras penas, resoplando como un cetáceo. Al llegar al camino de Coubrechamps, Pourtois dijo:

—Descansemos un momento, y despues cada mochuelo á su olivo.

Sentáronse sobre un ribazo, y Chassevent, segun costumbre de los corsarios, se ocultó detrás del matorral, sacó la pipa, la cargó, y empezó á fumar; pero al sentir el paso apresurado de un hombre que se les acercaba, obligó á ocultarse tambien á su compañero. Sus ojos, acostumbrados á penetrar las tinieblas, descubrieron á Roberto, y en voz baja exclamó:

—¡Es el hijo del marqués! ¿De dónde demonios vendrá? Se conoce que le han entrado ganas de dar un paseo antes de acostarse. Como no sea que mi chica.. Hace unos cuantos dias que anda detrás de ella... ¡Oh! Lo que es entonces, ya puede ver lo que hace para no molestarme en mi industria... Y ¡qué mañana tan hermosa para poner unos cuantos lazos!... Casi estaba por ir. Precisamente debo llevarlos encima.

Se registró los bolsillos de la blusa, y, en efecto, encontró un mazo de alambres.

—Vaya, me marcho—dijo Pourtois, levantándose. Yo no tengo ganas de trabar conocimiento con los gendarmes. Si te rompes la cabeza, peor para tí.

El cazador de oficio no tuvo tiempo de dar un paso. A lo lejos resonó aquel grito «¡Roberto, Roberto!», y al escucharle sintió helársele la sangre.

—¿Has oido?—dijo apretando el brazo del tabernero.

—Cualquiera diria que degüellan á alguno—balbuceó Pourtuois, cuyos dientes castañeteaban.

—Vamos á ver qué es. Somos dos hombres y no es cosa de dejar que maten á un desgraciado sin procurar socorrerlo.

—Chassevent, yo te ruego que no vayamos... Es hácia el lado del Gran Margal...

—¿Y qué importa? Aunque fuera hácia el del infierno. Yo voy—contestó el corsario, cuya borrachera parecia haberse desvanecido.

Y así diciendo echó á correr, y Pourtois, lleno de miedo, prefiriendo seguirle mejor que volverse solo, tomó la misma direccion tan de prisa como sus piernas lo consintieron. Chassevent, con su instinto de cazador, iba derecho hácia el lugar donde resonó el grito, sin titubear, hollando la alta hierba con sus zapatos claveteados. Así recorrió un centenar de metros, siempre remolcando al tabernero, que sorteaba difícilmente los hoyos y las piedras que obstruian el camino. De pronto se detuvo para escuchar, conteniendo la respiracion. Del fondo de un barranco, delante de ellos, salian débiles gemidos, y percibió un gruñido como si una fiera luchara con un hombre. Sin decir una palabra, el cazador volvió á emprender su carrera haciendo el menor ruido posible; pero le oyeron, sin duda, porque una forma confusa se alzó del suelo, y como un jabalí que huye se alejó rápida por la vertiente de la colina.

—¡Que se nos escapa!—gritó Chassevent—¡Ahí te va, Pourtois! ¡Detenle!...

Pero el fugitivo, al reconocer la voz del vagabundo, se detuvo, dejó en el suelo un objeto que le embarazaba para correr, y con una agilidad pasmosa, ganó la meseta, y desapareció.

—¡Se nos escapó!—dijo Chassevent.

—Pero ha abandonado la presa. Vamos á ver que es.

En pocos segundos llegaron al fondo de una antigua excavacion, y en el fondo vieron un bulto blanco.

—¡Parece una mujer! —exclamó con emocion Pourtois, que sudaba de miedo y fatiga.

—Voy á bajar,—dijo Chassevent.

Y agarrándose á las raices, y sosteniéndose sobre los salientes de las paredes del pozo, llegó hasta abajo. Se puso de rodillas, acercó el rostro á aquel objeto informe, y lanzando un ronco gemido, exclamó:

—¡Si es mi hija!...

Al oir esta palabra, Pourtois, medic saltando, medio despeñándose, se reunió con su compañero é incorporó á Rosa, le tocó las manos que aún tenia calientes, y sin perder la presencia de ánimo, dijo:

—Hace falta una luz.

El cazador sacó de su bolsillo una linternita, de que solia servirse para tender los lazos por la noche; encendió un fósforo, y el rostro de la jóven se iluminó. Era un espectáculo espantaso el que ofrecian aquellos dos hombres inclinados sobre el cuerpo de Rosa, que lívida, con los labios amoratados y los ojos sin vida, tenia liado al cuello un pañuelo de seda, á guisa de dogal. Pourtois deshizo el nudo con dificultad. Un estertóreo suspiro se escapó del pecho de la pobre niña; abrió los ojos con expresion de suprema angustia, agitó los brazos, y se desplomó pesamente.

—¡Dios mio, se muere!—gritó el tabernero.

—¡Hija de mi alma! ¡Rosa, Rosita!—gimió el cazador.

Se golpeó la frente, y con expresion de indecible rabia, dijo:

—¿Pero quién la habrá matado? No puede menos de ser ese infame de Clairefont. El debe haber sido. ¡Ah, canalla!

—¿Pero qué estás diciendo? Por fuerza te has vuelto loco—añadió Pourtois. Sabes muy bien que Mr. Robertó pasó por delante de nosotros y entró en el castillo antes de que escucháramos el grito.

—¡El ha sido, él ha sido!—aullaba Chassevent, con creciente exaltacion.—Pero ya me las pagará. Ya le haré saber cuánto vale una hija buena y cariñosa como era ésta...

—Antes que nada, veamos si podemos reanimarla. Mi casa está á dos pasos de aquí: llevémosla.

Entre los dos levantaron el cuerpo de la jóven, cuyas dos manos se enfriaban rápidamente, y alumbrados por la semiclaridad del dia, se dirigieron á la taberna.